

Francisco E. Guerrero R.

Correspondiente de la Academia Ecuatoriana de Medicina
y miembro de la Sociedad Ecuatoriana de Historia de la Medicina

LA PESTE DOMINADA

A Rodrigo Fierro Benítez,
fraternalmente.

IX Congreso Nacional de Medicina
I Encuentro de la Sociedad de Historia de la Medicina

Cuenca, 1979.

Los cerdos del Conquistador

Es conocido el episodio, el episodio épico, protagonizado por Sebastián Moyano, natural de Benalcázar, cuando salido de la ciudad de San Francisco recién fundada, y en su nombre y en su autoridad marcha hacia el norte a descubrir, a conquistar, a colonizar, a extender el nombre de Quito casi hasta las mismas sabanas de Bogotá. Es conocido como Benalcázar a la cabeza de dos centenas de españoles y cuatro mil indios llega hasta el tórrido valle de Neiva y se halla con tres fuerzas españolas rivales. Las más peligrosas, las del capitán Lorenzo de Aldana, segundo Gobernador de Quito, enviado por Francisco Pizarro para apresar a Benalcázar: Aldana, hábil, taimado, peligroso, pero débil. Luego los desesperados supervivientes de una expedición que, salida de Cartagena bajo la dirección del licenciado Vadillo llegaron al encuentro casi en estado de inanición: son los que por primera vez logran el nexo de unión con el sur por vía no marítima, pero lo hacen a costa inmensa de vidas, de hambre, de miseria: a ellos podrían aplicarse sin estorbo los versos de Castellanos, citados por Kirkpatrick:

"Vió menoscabada tanta gente
de graves calenturas y de llagas,
causadas por las plagas del camino,
garrapatas, murciélagos, mosquitos,
voraces sierpes, cocodrilos, tigres,
hambres, calamidades y miserias,
con otros infortunios que no pueden
bastantemente ser encarecidos."

Y por fin los soldados de Federman quienes, a través de una inenarrable aventura desde la costa del Pacífico hacia la cordillera, llegan tarde, después de Benalcázar, tal como otrora le ocurriera a Alvarado en Riobamba. Curiosa suerte, curioso sino el de Benalcázar, el haber sido por obra de las circunstancias, tal como el nombramiento que le diera Pizarro en el Perú: el Adelantado.

Pues bien, las tres fuerzas con las que se encuentra Benalcázar son todas voraces, todas depredadoras, pero débiles, a un paso de la inanición, del desbande, de la muerte. Benalcázar es el solo capitán fuerte. No por los docientos españoles tornadizos: no por los cuatro mil indios desconfiables, sino por la sólida y desoonocida fortaleza de cincuenta caballos -material tecnológico para la guerra- y los asnos -material tecnológico para la logística- y las docientas cerdas preñadas, ante cuyas convincentes razones de sustento y de futuro no podían resistir los otros diezmados conquistadores.

En Benalcázar se da el caso aleccionador y doble del visionario y el hombre práctico: en un torbellino de actividad en po-

cos años funda decenas de pueblos y ciudades por obra personal o a través de sus Tenientes: afianza así la conquista, la estabiliza, le da proyección futura. Y junto a la actividad guerrera, el sentido práctico que le llevó a Popayán, a Cali, con soldados, con indígenas, con caballos, con asnos, con cerdas preñadas. Hay episodios así de parecidos en las historias del Cid Campeador...

Carlos Pereyra cita a Fernández de Oviedo sobre esta ya conocida experiencia de los conquistadores-colonizadores: "De los puercos ha havido grandes hatos... e después que se dieron los pobladores a la granjería de los azúcares, por ser dañosos los puercos para las haciendas del campo, muchos de dexaron de tales ganados, pero todavía hay muchos, e los campos están llenos de salvajina, así de vacas e perros monteses, como de muchos perros salvajes que se han ido al monte e son peores que los lobos e más daño hacen... Hay assimismo muchos asnos... de la casta de los que se truxeron de España, e mulas e machos que se han criado e se hacen muy bien aca..."

Sebastián Moyano, a la cabeza de docientos españoles y cuatro mil indios y docientas puercas preñadas bien pudo abrazarse con Aldana, su presunto papturador: con Federmann, el rival: con los de Vadillo conquistados por el estómago. Pudo dar el abrazo que ubicado en otro tiempo y más al norte, cantó Darío:

"juntos alientan vástagos
de beatos e hijos
de encomenderos con
los que tienen el signo
de descender de esclavos africanos,
o de soberbios indios,
como el gran Nicarao, que un puente de canoas
brindó al cacique amigo
para pasar el lago
de Managua. Eso es épico y es lírico."

Y el abrazo de Sebastián Moyano, al frente de una pira de docientas puercas preñadas, también es épico y es lírico.

Epico y lírico al tomar tierras, al fundar pueblos y ciudades en el nombre de Quito, por la autoridad de Quito, del Reino de Quito de los Caras y del Padre Velasco, de la Audiencia de Quito, de la Presidencia de Quito, del Estado de Quito de los próceres de 1812, de este Quito al que hace ciento cincuenta años se le cambió de nombre y se le puso un alias y un apodo sin raíz y sin historia.

El relato o la casi historia que va a continuación es parte prolongada de ese abrazo. Prolongada en muerte y en conquista. En despojo de indios, en suplicio de esclavos, en desnudo, en

genio, en invención. En esfuerzo mancomunado. En esperanza.

El galeón fatídico

El calor. El calor abrasante, el calor húmedo, el que entre-
cierra los ojos, el que hace saltar instantáneas gotitas de su-
dor por todos los poros de la piel, por los párpados, por el dor-
so de las manos: el calor que hace correr por las axilas finos
arroyuelos de humedad y que a la menor brisa, al secarse, dejan
un temblor de frescura tufosa y acre. Ese calor, calor de fruta
madura que irremisiblemente su pudre y se corrompe: de cañas que
exhalan un aroma verde, verde-ácido, verde-alcohólico: re resaca
de marea: de tierra descompuesta y florecida: ese calor inédito
de tropico, no conocido antes, era el que envolvía a los restos
de tripulación de la nave que, en 1589, dando tumbos enfilaba
su proa hacia la bahía de Cartagena. De Cartagena de Indias, en
el Caribe.

Transpuso la Boca Chica: transpuso la Boca Grande y por fin,
como en agonía, llegó al muelle.

Todavía no se habían erigido para ese año los diez y siete
kilómetros de pétreas murallas que años después cobijarían y de-
fenderían a la ciudad de los asaltos de los depredadores ingle-
ses: todavía no se levantaban las grandes fortalezas de Castelli-
llo, de San Lorenzo, de San Fernando ni el impresionante e inex-
pugnable San Felipe de Barajas con sus kilómetros de galerías
subterráneas: ni el convento de la Roca: ni la obra de salvación
del padre Pedro Claver y ni siquiera la Inquisición.

Cartagena de Indias, ciudad nueva, apenas tenía su rada, su
muelle, su plaza para el descargue y almacenamiento de las naves,
para la Aduana, para la subasta de los esclavos negros.

Al atracar en ese muelle se comprobó que de los tripulantes
del galeón sólo pocos quedaban en pie y que éstos fueron los que
ejecutaron la ultima y definitiva maniobra del arribo: los demás
estaban muertos y corruptos: un ambiente de hedor y muerte des-
pedía el navio: era casi una nave fantasma, de nombre ingrato y
desconocido. Durante la travesía, una feroz epidemia de viruela
había hecho presa en los tripulantes y en el pasaje de esclavos
y solo contados -los mas fuertes- pudieron pisar nuevamente
tierra firme. Murio -dice el padre Juan de Velasco- casi toda
la gente... y añade. Apenas dio este fondo, cuando la primera
noticia que tuvieron en la ciudad fue la comunicacion del conta-
gio que la desolo casi toda...

Fué, pues, Cartagena de Indias la puerta de la hoguera, la
puerta del incendio que asolaría luego, durante décadas, duran-
te centurias, con las conocidas curvas epidémicas, a toda la po-
blación de la costa occidental sudamericana y que cobraría cen-
tenares de miles de víctimas, talvez millones.

Un pueblito de la Audiencia de Quito

La lista que nos da el Padre Juan de Velasco acerca de las fundaciones hechas por Sebastián de Benalcázar y sus Tenientes es, en resumen, la siguiente:

1534: San Francisco de Quito: la villa de San Pedro de Riobamba: el Asiento de Latacunga: los asientos de Mocha, Ambato, Alausí, Cañar, Otavalo, Caranqui: Asiento de Chimbo: ciudad de Portoviejo y ciudad de Manta: 1535: Ciudad de Guayaquil y refundada luego en 1536 y en 1537: 1536: Villa de Ampudia: Villa de Madrigal.

1537: Ciudad de Santiago de Cali: ciudad de Popayán: ciudad de Timaná.

1539: Villa de Oña: ciudad de Placencia: ciudad de San Juan de Pasto: Asiento de Huamboya.

1541: Nuestra Señora de Neiva: ciudad de Valladolid: ciudad de Antioquia.

1542: Ciudad de Santiago de Armas: ciudad de Toro:

1543: Villa de Caramanta, ciudad de Caloto y ciudad de Quillichao: ciudad de Neiva y ciudad de los Angeles: ciudad de Almaguer.

Es a este pueblito con nombre de ciudad, Almaguer, al que vamos a referirnos porque es el objeto de esta historia.

Cuando se fué estableciendo un orden administrativo en la colonia recién conquistada, al fundarse la Audiencia de Quito se le señaló en su circunscripción territorial a dos enormes Gobernaciones: la de Popayán y la de Quito propio, y ese territorio, con variantes, se mantuvo hasta la Independencia y la incorporación a la Gran Colombia.

Los territorios de las dos Gobernaciones se dividieron a su vez en 14 Tenencias para Popayán y siete Corregimientos con innumerables parroquias y Tenencias para la Gobernación del Quito propio.

Dependiendo de Popayán, según el Padre Velasco o de Quito, según González Suárez, estuvo la Tenencia de Almaguer, situada a medio camino entre Popayán y Pasto. "En esta Provincia se comprende -dice el Padre Velasco- los orígenes del os ríos Guachicón y San Jorge, fundó de orden de Belalcázar, el Capitán Alfonso de Fuenmayor, el año de 1543, la pequeña ciudad de Almaguer, sobre la alta serranía, fuera del camino real, en 1 grado 53 de latitud sur y en 1 grado 35 de longitud oriental."

Así pues, Almaguer, en fragosa serranía, cerca del Guachicón o Guachicona, afluente del Patía, al sur-oeste del valle de Puracé en donde se origina el gran río Magdalena. Y, además límite de los Obispados de Popayán y Quito. En la alta serranía, cerrada, aislada: "habiendo sido pequeña desde los principios -dice Velasco- lo es mucho más al presente, con ser que no ha tenido irrupciones de bárbaros ni otros motivos por qué deteriorarse."

Este aislamiento, veremos más tarde, fué su salvación.

Cuando el doctor Espejo requiere de sus colegas el "saber hoy mismo cuántos virolentos y leprosos se hallan en el barrio a que ud. ha sido destinado, el nombre de la calle, el número que corresponde a las casas, quiénes son los dueños de éstas, el sexo de los contagiados y las demás circunstancias que ud. juzgase conveniente comunicarme...", lo hace como quién sabe cuál es el color del miedo, cuál la estatura del pavor. Porque ya los ha experimentado en carne propia, a través de uno de sus hermanos, muerto con viruela: "Las viruelas del año de 1764 fueron de esta clase, dice Espejo, y los virolentos no eran los más sino unos leprosos a quienes se les caían grandes cantidades del cutis y de las partes carnosas, especialmente de los brazos y de las piernas. El mísero hermano que se me murió en aquella epidemia del citado año de 64, padeció este horrible síntoma seguido de un calor urente espantoso."

"Fué grande en todas partes la mortandad -dice el Padre Juan de Velasco al hacer la relación de la epidemia que nacida en Cartagena se propagó hacia el sur- mayor en la ciudad de Quito, o por los malignos influjos del volcán o porque la naturaleza del contagio halló proporción mayor bajo la Línea... Murieron en sola la capital cerca de treinta mil habitantes, de cosa de ochenta mil que contaba a la sazón; y a proporción en toda su comarca."

Luego, al hacer relación de cómo y por qué se salvaron del flagelo las misiones de Mainas, narra que estuvieron "del todo libre de este azote los primeros 23 años después que fueron fundadas..." pero que "la sangrienta epidemia que hizo la primera prueba en ellas fué la de 1660...", y añade: "Con ella murieron 44 mil indios, y con ellos también, mártir de la caridad y último en sus pueblos, el angelical joven P. Lucas Majano. Este número fijo lo sacó tres años después de acabada la peste y de restituidos los fugitivos Indianos, el P. Juan Lucero, pues, habiendo sido 100 mil los de las 16 poblaciones que había entonces, no quedaron en ellas sino 56 mil."

Y después: "Más repitiéndose en el 1669 la segunda epidemia, se llevó ésta los 20 mil, según consta de las informaciones de aquel año." Y más tarde: "pero siguiéndose en el 1680 -un siglo después del desembarco de la viruela en Cartagena de Indias- "la complicada peste... se llevó ésta 66 mil según el informe que hizo el mismo P. Lucero en el siguiente año, en que no quedaron sino 34 mil neófitos y catecúmenos." Viene luego la relación de la tercera, de la cuarta, de la quinta y de la sexta peste "que barrió los residuos de las pasadas". "Acabáronse en ésta a excepción de muy raros, los de la nación Pana, segunda vez circuncidados por la peste y no pudieron enterrarse, sino muchos juntos, en cada una de las grandes hoyas que se hicieron."

Espejo, un siglo más tarde, dirá: "En medio de un corto pueblo como el de Quito, que no pasa de veinte mil habitantes, la pérdi-

da de tres mil personas, es un atraso considerabilísimo a la población."

A través de los años, pues, se había contabilizado el miedo, miedo mortal ante una plaga implacable.

Traslademos estos datos a cifras modernas, a cifras comprensibles y equiparables a nuestra realidad actual. Y aún más, démosles el más generoso y amplio margen de error: de que no hubieran sido las reales nada más quela décima parte de las bajas señaladas: para el primer cálculo del Padre Velasco, con la actul población ecuatoriana estimada en seis millones de personas, los muertos serían la escalofriante cifra de dos millones docientos cincuenta mil habitantes; y aún sólo la décima parte daría 225.000 muertos....! No se diga ya de los catastróficos cálculos del 44 y del 66 % del Padre Velasco. Y aún los datos de Espejo, posiblemente más ceñidos a la realidad, nos darían en el breve lapso de dos o tres meses la espantosa cifra de 90.000 muertos para la población actual de Quito....!

Sólo a través de estas comparaciones se puede comprender el pavor, el desesperado pavor que habrá causado en esos tiempos cada nuevo brote epidémico de viruela.

* * *

Sobre la primera peste refiere Monseñor González Suárez: "Al terremoto -de 1587- se siguió la peste de una especie de pústulas o viruelas de carácter maligno y asqueroso, la cual se encruelecó tanto en Quito y su comarca, principalmente entre los indios, que en el corto espacio de dos meses murieron más de cuatro mil personas, sin contar los niños, de quienes entre ciento apenas escapaban uno o dos..."

Este carácter "maligno y asqueroso" es recalcado todavía más por Espejo, cuando anota que la viruela "roba al mayor número de los niños y niñas esa amabilísima hermosura que los hace admisibles, aún cuando no tienen las prendas mentales, con noble agrado al tratocomún. Unos pierden los ojos: en otros se aumentan con deformidad los labios: otros quedan con las narices romas o encogidas, y otros pierden las naturales proporciones, y esas tiernas líneas de la cutícula, que labran y ordenan la simetría de la estructura del rostro, adquiriendo todo el horror de la fealdad, constituída en verrugas, prominencias, desigualdades, hoyos asquerosos y cicatrices muy deformes." Y todo ésto en los casos de supervivencia, puesto que en los casos de curso mortal "después del primer paso que pareció feliz, viene, o una supuración funesta, o una maduración gangrenosa, o una desecación imperfecta, desigual, maligna, o un retroceso instantáneo de las materias hacia el centro, con muerte casi repentina de los virolentos y, en fin, otros fatales consecretarios anexos a la primera efervescencia, que se sucita dentro

de los líquidos de la máquina humana. Una corta detención de las postillas hacia los pulmones acarrea una pronta sofocación."

Así, pues, la viruela se presentaba ante los ojos de la gente o como la muerte o la deformidad, la fealdad permanente, tanto que, seguimos citando a Espejo, las niñas supervivientes no servían ni para monjas...!: "un rostro afeado por las viruelas -dice- constituye a una niña noble, inepta para entrar por vocación a la clausura monástica, si se ha de seguir la máxima de Santa Teresa, que deseaba que sus monjas no fuesen feas."

El salto de la viruela

El año de 1589 ingresó en el puerto de Cartagena de Indias el barco fátídico, el barco portador del incendio. Ese año mismo y en los subsiguientes, con rapidez de verdadero incendio, con voracidad sin límites se expandió, se extendió hacia el sur, arrasó ciudades, destruyó pueblos, asoló regiones. La huella de su paso, gigantesco rodillo de muerte, se contó en millares de muertos, en millares de inválidos y marcados.

El virus antes no conocido en estas latitudes, frente a gente indefensa a su agresión, hizo un verdadero exterminio entre los aborígenes. De los indígenas dice Antonio de Ulloa: "Quando las viruelas les cogen grandes -los adultos- son pocos los que escapan, porque teniendo el cutis grueso, encuentra el humor impedimento, y no se hace con regularidad la erupción; por esta razón son más temibles en ellos que en las otras gentes, causándoles horrible desolación." y, sin el Padre Onofre, añade el Padre Velasco, "se habría sin duda extinguido la generación indiana de sus muchos pueblos, desproveídos de todo socorro humano, sin asistencia, sin consuelo y sin remedio..."

Fué pues un incendio. Un incendio de desolación, de horror, de muerte. Los más afectados los indígenas. Diezmados.

La noticia de la gran catástrofe llegó en alas de las lenguas hasta Almaguer, al Almaguer situado "fuera del camino real". El pavor dió alas a la imaginación, brazos a la resolución: el Teniente de Almaguer, el hoy ignorado, el hoy desconocido pero genial Teniente de Almaguer trazó su decisión e hizo una cosa tan sencilla ahora, tan de rigor ahora: instaló un cordón sanitario para impedir la entrada de la epidemia, el primer cordón sanitario que conozcamos en la historia de nuestros pueblos americanos, el primero en nuestra Audiencia, en nuestro territorio. Fué, dice González Suárez, "el único pueblo que se libró de los estragos de la peste, porque el Teniente tuvo el acuerdo de establecer cordón sanitario, cuatro leguas allá y cuatro leguas acá del pueblo, echando el camino por lo más alto de la cordillera, con lo cual evitó el contagio."

"El aire es un conductor continuo, perpetuo, trascendental, y un cuerpo eléctrico que, atrayendo hacia sí todos los efluvios variolosos, los dispara a todos los cuerpos humanos que no habían contraído de antemano su contagio..." dice el doctor Espejo. Pero el aire, hay que recalcar, "no es la causa inmediata de las enfermedades; y esas partículas que hacen el contagio, son otros tantos cuerpecillos distintos del fluído elemental que llamamos aire.", puesto que "en la casi infinita variedad de esos atomillos vivientes, se tiene un admirable recurso para explicar la prodigiosa multitud de epidemias tan diferentes, y de síntomas tan varios que se ofrecen a la observación."

Se colige de esto que, si el aire no es la causa sino los "atomillos vivientes" una lógica forma de evitar el contagio es el aislar a los enfermos, portadores de esos "atomillos". Es lo que propone el doctor Francisco Gil, Cirujano del Real Monasterio de San Lorenzo. Y es lo que ya ha probado -antes que Francisco Gil- "el Linceinciado Don Juan Pablo de Santa cruz y Espejo, hermano mío, el año pasado de 1787... un neófito suyo fué acometido del contagio de las viruelas... determinó ocultarle dentro de su mismo aposento, e impedir su visita y noticia lo más que le fué posible... hasta "que lo saco con triunfo más que marcado..." Es decir, aislamiento del enfermo para evitar que contagie a los sanos.

Vale también, siguiendo el camino contrario, la medida del Teniente de Almaguer: aislar a los sanos, para que no sufran las embestidas de los portadores y enfermos.

Las dos medidas preventivas, entre otras, de la Medicina moderna: o aislamiento o cordón sanitario, según los casos.

Del genio de Eugenio Espejo se ha hablado mucho, y con justicia, y se seguirá hablando porque son infinitas sus facetas de genialidad. Pero creo que también es hora de hablar de la genialidad del desconocido Teniente de Almaguer que, sin ser médico, y con la sola provisión de miedo, de imaginación, de decisión, salvó a su pueblo -el único pueblo en la primera gran invasión- mediante una de las técnicas hoy en boga, a cuatrocientos años de su genialidad: el cordón sanitario.

Obras consultadas

- CARRERA ANDRADE, Jorge: "El camino del sol", Edit. Casa de la Cultura Ecuatoriana, Quito, 1959.
- CIEZA DE LEON, Pedro: "La Crónica del Perú", Ediciones PEISA, Lima, 1973.
- ESPEJO, Eugenio: "Reflexiones acerca de las viruelas", en : "El nuevo Luciano", Colección Ariel Nº 73, Guayaquil.
- FREILE GRANIZO, Carlos: "El Siglo XVIII en la Real Audiencia de Quito", en: "Eugenio Espejo, conciencia crítica de su época", Centro de Publicaciones de la Pontificia Universidad Católica del Ecuador, Quito, 1978.
- GARCÉS, Enrique: "Eugenio Espejo, Médico y Duende". Edit. Casa de la Cultura Ecuatoriana, Quito, 1959.
- GÓMEZ VALDERRAMA, Pedro: "En un lugar de las Indias", en: "10 narradores colombianos", selección de Oscar Collazos, Edit. Bruguera, Barcelona, 1977.
- GONZÁLEZ SUÁREZ, Federico: "Historia del Ecuador", Vol. II, Edit. Casa de la Cultura Ecuatoriana, Quito, 1970.
- KIRKPATRICK, F. A.: "Los conquistadores españoles", Edit. Espasa Calpe Argentina, Buenos Aires, 1946.
- LUMMIS, Charles F.: "Los conquistadores españoles del Siglo XVI" Edit. Difusión, Santiago de Chile, 1942.
- MORALES Y ELOY, Juan: "Ecuador: Atlas histórico-geográfico", Ministerio de Relaciones Exteriores, Quito, 1942.
- NARANJO, Plutarco: "Espejo, médico y sabio", en: "Ciencia, Magia y poesía", Departamento de Ciencias Biológicas, Edit. casa de la Cultura Ecuatoriana, Quito, 1971.
- PEÑA NOVOA, Jaime: "Biografía de Eugenio Espejo", en: "Eugenio Espejo, conciencia crítica de su época", Centro de publicaciones de la Pontificia Universidad Católica del Ecuador, Quito, 1978.
- PEREYRA, Carlos: "La obra de España en América", Edit. Difusión Chilena, Santiago de Chile, 1944.
- PRESCOTT, Guillermo H.: "Historia de la conquista del Perú", Edit. Imán, Buenos Aires, 1943.
- SAMANIEGO, Juan José: "Cronología Médica Ecuatoriana", Edit. Casa de la Cultura Ecuatoriana, Quito, 1957.
- SOTOMAYOR, J. A. de: "España en el Nuevo Mundo", Agencia Española de Librería, Madrid, 1931.

ULLOA, Antonio de: "Noticias Americanas", Edit. Nova, Buenos Aires, 1944.

VELASCO, Juan de: "Historia del Reyno de Quito en la America Meridional: Historia Antigua, T. II, Editorial Casa de la Cultura Ecuatoriana, Quito, 1978.

-- -- : "Historia Moderna del Reyno de Quito y Crónica de la Provincia de la Compañía de Jesús del mismo Reyno" T. I. Biblioteca Amazonas, vol. IX, Quito, s.f.

-- -- : "Historia del Reyno de Quito en la América Meridional: Historia Moderna", T. III, Clásicos Ariel, Nº 20 Guayaquil.

-- -- : "Historia del Reyno de Quito en la América Meridional: Historia Moderna, T. I. Clásicos Ariel, No. 11, Guayaquil.